

PRÓLOGO

La reflexión histórica es una actividad intelectual. En tanto tal, no es ajena a las inquietudes y urgencias del momento y el lugar en que la investigación es llevada a cabo, el material es analizado y los enunciados son comunicados. Dicho de otro modo, el historiador no podría, aunque quisiera, sustraerse a los debates contemporáneos, y está, por lo tanto, condenado a intervenir –con el rigor que demanda su profesión– en las discusiones que atraviesan a la sociedad, acaso incluso a iluminar temas o problemáticas que pudieran permanecer ocultas o resultar opacas.

Una observación tal, que puede parecer evidente (y sin embargo no lo es) para los estudios de historia contemporánea o –en nuestra región– americana, es igualmente atinada en relación con otras experiencias históricas, toda vez que el abordaje de éstas constituye un ejercicio intelectual que conlleva contestar preguntas que son formuladas en el presente.

El estudio de las sociedades antiguas del Mediterráneo oriental no escapa a tales aseveraciones, como tampoco lo hace su tratamiento desde Sudamérica. Muy al contrario, el diálogo entre la producción que se transmite desde los centros tradicionales dedicados a la historia antigua (mayormente europeos y norteamericanos) y las cavilaciones que, conducidas desde los márgenes, han aportado consideraciones teóricas y recursos interdisciplinarios de otro modo soslayados, revela el modo en que diferentes formaciones académicas pueden construir caminos diversos pero complementarios hacia la comprensión histórica. Y que una participación desde el hemisferio sur tiene el potencial de introducir miradas novedosas en el seno de disciplinas que, de otro modo, estarían destinadas a pensar exclusivamente desde el centro. Ello explica la pertinencia de dedicar a la historia antigua un número de la revista del Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Catamarca, integrado por contribuciones de investigadores provenientes de distintos puntos de la Argentina.

El presente dossier recorre tres aspectos de la ponderación intelectual en torno a la historia antigua. El primero de ellos es el de la indagación histórica propiamente dicha. Tres artículos exponen los resultados de sendas investigaciones sobre problemáticas y áreas de estudio específicas. Uno de ellos corresponde a Elbia Difabio, quien desde su

formación en filología griega ofrece un análisis filológico-histórico de una serie de epigramas contenidos en la Antología Palatina del siglo X, compilación de poemas breves compuestos en lengua griega entre la época arcaica y el período bizantino, cuyo libro VI, dedicado a epigramas votivos, incluye cinco textos asociados al culto a la diosa Hera. Traducidos del griego por la autora, estos epigramas arrojan información no sólo sobre la dimensión religiosa en las épocas examinadas sino también sobre la relación de ésta con otras esferas de la vida personal (celebraciones familiares, roles de género) y, al menos en un caso, del ámbito político (una práctica de utilidad bélica correspondiente a la época persa).

Los trabajos de Roberto R. Rodríguez y Augusto Gayubas exploran un mismo fenómeno –la guerra– pero en contextos históricos dispares y ahondando en distintas dimensiones de análisis. El primero evalúa el rol de textos e imágenes en la consolidación y justificación de la dominación político-militar del imperio neasirio, infiriendo un vínculo indisociable entre guerra, ideología y poder. El segundo, por su parte, identifica condicionamientos y posibilidades materiales y políticas de la práctica bélica en las comunidades no estatales que habitaron el valle del Nilo entre el período Neolítico y comienzos del Predinástico. Ambos estudios se sirven de enunciados y categorías provenientes del diálogo con otras disciplinas, como la antropología, la arqueología, la nueva historia militar o la sociología, y una lectura conjunta permite reconocer una notoria divergencia entre, por un lado, la dinámica militarmente expansiva y políticamente centralizadora de la experiencia estatal del imperio asirio, y por el otro, la tendencia a la dispersión y el carácter difuso de las diferenciaciones sociales que se asocian al ejercicio de la guerra entre las comunidades regidas por el parentesco en el valle del Nilo preestatal.

La violencia también ocupa un lugar de importancia en las páginas dedicadas por María Silvia Álvarez a dos artefactos decorados de las épocas de emergencia y expansión de lo estatal en el valle del Nilo y la Baja Mesopotamia, esto es, la paleta de Narmer y el vaso de Warka. Recuperando algunos postulados teóricos del historiador Marcelo Campagno y conjugándolos con interpretaciones vigentes en torno a los motivos iconográficos presentes en dichos objetos, la autora rastrea indicios de la “capacidad de coerción” de las élites estatales en los dos escenarios históricos señalados, tanto bajo la forma del ejercicio concreto de la violencia como de la práctica de la tributación.

El segundo aspecto tratado en este dossier, considerado por Horacio Miguel Hernán Zapata, atañe a la pregunta misma sobre por qué estudiar historia antigua y, más específicamente, la historia del Cercano Oriente antiguo. Allí se ensaya una respuesta a tal interrogante partiendo de una reflexión historiográfica y atendiendo al potencial del abordaje de diversidad de experiencias histórico-sociales como forma de profundizar el conocimiento histórico, eludir preconcepciones etnocéntricas y expandir los “horizontes de interlocución cultural en el presente”.

Tal análisis se complementa con la contribución de Judith Bazán y Walter Herrera que se ocupa del tercer aspecto: la transferencia didáctica. Se trata de un relevamiento sobre el modo en que un problema casi fundante a la hora de pensar la historia antigua oriental, esto es, el surgimiento de lo estatal en contextos primarios, es presentado (o no) en los libros de texto sugeridos en los diseños curriculares de un curso y una jurisdicción en particular, como es el primer año del Ciclo Básico de la escuela secundaria en la provincia de Catamarca. Los autores cuestionan ciertos resabios de antiguas lecturas evolucionistas, así como el simplismo y la superficialidad de los contenidos, y exponen una propuesta que llama a tener en cuenta nuevos enfoques (incluidos aquellos producidos por investigadores formados y que se desempeñan en la Argentina), remarca la importancia de estudiar y enseñar el cambio histórico en su complejidad y aboga por reconocer la existencia histórica de modalidades diversas o alternativas de organización social.

Así, en las páginas que siguen desfilarán conceptos y categorías que conectan lo antiguo con lo contemporáneo, tales como política, Estado, parentesco, violencia, guerra, ideología, religión, recursos. Incluso inferencias que aluden a continuidad o cambio. En suma, reflexiones en perspectiva histórica que apuntan a problematizar –en la academia, en el diálogo público y en los ámbitos educativos– aspectos diversos de la experiencia social, tanto pasada como presente.

Dr. Augusto Gayubas

Universidad de Buenos Aires – CONICET